

Golpes de azar

El tiempo ha sido mi riqueza.

Arnoldo Palacios

Leonardo Archila*

Tuve el privilegio de editar dos novelas del maestro Arnoldo Palacios. Inicialmente, su ópera prima, una verdadera obra maestra, *Las estrellas son negras* (2007). Luego, la que hasta entonces era una leyenda en el mundo editorial colombiano y que se constituyó en un auténtico rescate literario, *La selva y la lluvia* (2010). Junto a estas, otras obras más esperan el momento de salir a la luz –por lo menos, en español– y una tercera, monumental e íntima, *Buscando a mi madredeíós* (2009), nos servirá de referencia para conversar esta noche sobre el destino editorial de estos libros de Palacios y los entresijos de una historia llena de golpes de fortuna y vientos cambiados.

Hasta 2007, la única obra de Palacios publicada en Colombia había sido *Estrellas*. Cumplía ese año cincuenta y ocho de haber visto la luz y cuatro ediciones, la última de las cuales tuve la oportunidad de hacer en Intermedio Editores. Don Arnoldo, con ochenta y cuatro encima, llevaba diez lustros de residencia en Francia y mientras tanto había escrito dos novelas más, dos libros de cuento, dos de ensayo y publicado una parte de sus memorias literarias, *Les marmelles du Chocó* (1989), que seguirían inéditas en nuestra lengua hasta que finalmente veinte años después fueron publicadas –íntegras– por la Universidad del Valle con su verdadero nom-

bre: *Buscando mi madredeíós*. De esta última palabra se ha hablado siempre, es una vieja expresión chocoana, y nos detendremos en ella más adelante. Mas el libro, que lleva décadas escribiéndose, es el verdadero pilar sobre el que se apoya este viejo minero, pescador, agricultor y viajero que hoy nos da cita, y su estrella brilla allá arriba, negra como sus sienes, pero refulgente como su *mirada*.

Tres años después tuvo lugar el descubrimiento. Se dio la oportunidad de rescatar del olvido con la publicación –un “tesoro” oculto. Sabía por experiencia propia y de otros, que no había un ejemplar de *La selva y la lluvia* en este hemisferio. Cuando publicamos *Estrellas* recibimos de los lectores un impulso que nos puso a buscar la senda de las publicaciones de la extinta Unión Soviética, pues fue en Editorial Progreso de Moscú donde se publicó en 1958. Pero nada se encontró. Cuando Palacios regresó a Polonia luego de la edición del libro, en medio de un invierno pertinaz, le regaló un ejemplar al embajador de Colombia en ese entonces, Germán Arciniegas. Casi nadie más en el país conoció la obra y su aparición en el Viejo Mundo poco a poco se fue tornando en leyenda. Muchos años después, el final de la catalogación de los libros que el historiador donara a la Biblioteca Nacional arrojó una botella al mar: el ejemplar de la

* Filósofo, editor.

Muchos años después, el final de la catalogación de los libros que el historiador donara a la Biblioteca Nacional arrojó una botella al mar: el ejemplar de la edición príncipe de *La selva y la lluvia* sobre el que basamos nuestra edición.



edición príncipe de *La selva y la lluvia* sobre el que basamos nuestra edición.

En 1971, se publicó la segunda edición de *Estrellas*, que para entonces alcanzaba un estatus similar a la segunda novela, pues al cabo de casi treinta años eran pocos los que la habían leído y muchos los que oyeron hablar de ella. Hubo en este intervalo, sin embargo, pronunciamientos descolantes, aunque no coincidentes: Luis López de Mesa en su *Escrutinio de la historia colombiana* (1956) destacó a nuestro homenajeado, junto con el autor de *Cien años de soledad*, como “las voces del futuro de la literatura colombiana”; García Márquez, en cambio, no le quiso dar validez al uso de la lengua vernácula chochoana como voz literaria. Craso error, pues

este uso constituye uno de los rasgos más modernos de la novela, el lenguaje autóctono, verdaderamente popular, que nada tiene que ver con costumbrismos ni con actitudes intelectualizadas, tan de moda en ese entonces. Con ese lenguaje propio y verosímil, seco, vivo, lleno de universalidad, se pronuncian los protagonistas mas no el narrador, que da un contrapeso magistral a la voz de los personajes con objetividad, pulcritud y metáforas armadas palmo a palmo, huella a huella en el barro, en la poética y veraz construcción del entorno.

Pueden citarse, junto a esto último, otras características que dan razón de la afirmación de López de Mesa: el tiempo objetivo transcurre durante un solo día, momento a momento,



Tomada de <http://www.sxc.hu>

con las peripecias y recorridos de un adolescente hambriento por las calles de Quibdó; la narración es precisa y justa, sin que le sobre o le falte nada; comprometida con su tiempo y con el universo del cual surge, la novela no cede a sentimentalismos ni a la debilidad de la denuncia, sino que marca como sobre piedra un modo de ser y un lenguaje que la ha mantenido vigente hasta nuestros días. Para no hablar del hecho hasta entonces inusual de tener como protagonista a un hombre negro.

En cierto sentido, la historia de Irra, como se llama el adolescente, es un terrible monumento a la negligencia de la humanidad. Digo monumento porque con su dolorosa belleza nos tiene que suscitar a actuar por el reclamo

de las garantías civiles, pues eso que contó hace más de medio siglo sigue siendo pertinente y contemporáneo. En el Chocó y en todo el país. Quizás por eso para muchos especialistas *Estrellas* es pionera en el género de “testimonio” o “denuncia”, pero a mi modo de ver esta clasificación (absurda, como cualquier otra) empobrece el valor literario de la obra, puesto que no encontramos en ella ningún atisbo de panfleto o de queja, no hay condenas morales o políticas, ni de ningún tipo, ni mucho menos piedad o conmisericordia: solo la severa realidad.

Hemos dicho en principio que la historia de las ediciones de la obra de don Arnoldo está llena de golpes de fortuna. Aparte de lo ya expuesto, es imperativo comentar el primero de

dichos gestos del azar, según su decir, una “coincidencia legendaria”, aunque esa vez, nefasta: la hazaña del fuego y la capacidad rememorativa. Es muy conocida esta anécdota. El autor llevaba unos años en Bogotá luego de salir de su natal Cértegui a los quince y haber pasado por Quibdó, donde comenzó sus estudios secundarios. Los manuscritos que justo un día antes había terminado de pasar en limpio durante las horas cesantes de las oficinas del Ministerio de Educación en el edificio Cadena, gracias a la gentileza del poeta Carlos Martín, quedaron destruidos en la conflagración que sufrió el centro de Bogotá por el levantamiento popular del 9 de abril de 1948. Pero así como desde niño ha sabido sobreponerse a los obstáculos, como la poliomielitis que le ha impedido caminar a sus anchas pero no ha evitado que con sus muletas nuestro autor haya alcanzado los destinos más lejanos posibles (de hecho, en estos días, a sus 88 años viajó hasta Indonesia y Malasia)—, con el apoyo de amigos y conocidos y aprovechando el toque de queda posterior al Bogotazo, reescribió su novela de memoria en solo tres semanas, y gracias a la recomendación del recordado Manuel Zapata Olivella, el original llegó hasta el escritorio del editor Clemente Airó, que sin esperar la autorización del autor, que había regresado a su tierra, la mandó maquetar e imprimir bajo su sello Iqueima. Al año siguiente, cuando Arnoldo regresó a Bogotá, recibió con sorpresa y emoción las primeras pruebas impresas del libro y acompañó la decisión del editor de encargar la ilustración de portada al pintor Alipio Jaramillo. Pero apenas alcanzó Palacios a ver su novela en la calle, pues gracias a una beca del gobierno, cruzó el Atlántico en 1949 para fijar su residencia en Francia.

Más allá de su logrado ambiente y la supuesta primogenitura en la denuncia, *Estrellas* marca un mojón en las letras colombianas en diversos sentidos, y la huella de este autor, no siempre justamente valorada, abrió —como su propia tenacidad—, una presencia en nuestras letras, en nuestras conciencias colectivas. Por algo los homenajes no paran. De algo imperecedero se aferra con fiereza esa tradición que ha fundado, como también puede verse en las

páginas cotidianas y clarividentes de *Buscando mi madre*. Ahí vuelve a estar el ojo narrativo que sabe contar la vida que le pasa delante, como en *Estrellas*. De ahí esa mirada a la que aludí en principio. Palacios es un narrador del tiempo esencial, no solamente porque ese ha sido, como él mismo ha declarado, su sustento en la vida, sino porque refleja las zonas fuera de foco de la narrativa oficial histórica que hemos tenido que padecer. Ninguna de las obras contemporáneas al Bogotazo tuvo repercusión, y luego la explosión de autores latinoamericanos en el mundo ayudó a echar silencio sobre esta magnífica novela.

Mientras tanto, en Francia Palacios entraría en contacto con los poetas precursores del movimiento Negritud de autoafirmación afrodescendiente y anticolonialista (junto con Aime Césaire, Léopold Sédar Senghor, Franz Fanon, Jean Paul Sartre, y otros) y continuaría con su labor narrativa, comenzando *La selva y la lluvia*, su



segunda novela y dando las primeras puntadas también de *Madrededíos*, recurriendo a su prodigiosa memoria para mantener vivas las voces, las creencias, los personajes y las leyendas que dejara en el Chocó. Contó una vez que mientras escribía los primeros capítulos de *Selva* en Bucarest, a pesar del crudo invierno, debía abrir las ventanas de su habitación porque lo agobiaba el fragor de la selva que describía.

En esta ocasión, su narrativa buscó nuevas sendas, otra muestra más de que nuestro autor es poco proclive a los “lugares comunes” aunque esta vez, con menos suerte. Con las hogueras del Bogotazo aún brillando en su memoria, en vez de centrarse en un individuo, en un protagonista, decidió arriesgarse por la experimentación, por un ejercicio narrativo en el que la trama poco a poco va ascendiendo geográficamente de un rincón lejano del Chocó hasta las casas acomodadas de las familias pudientes

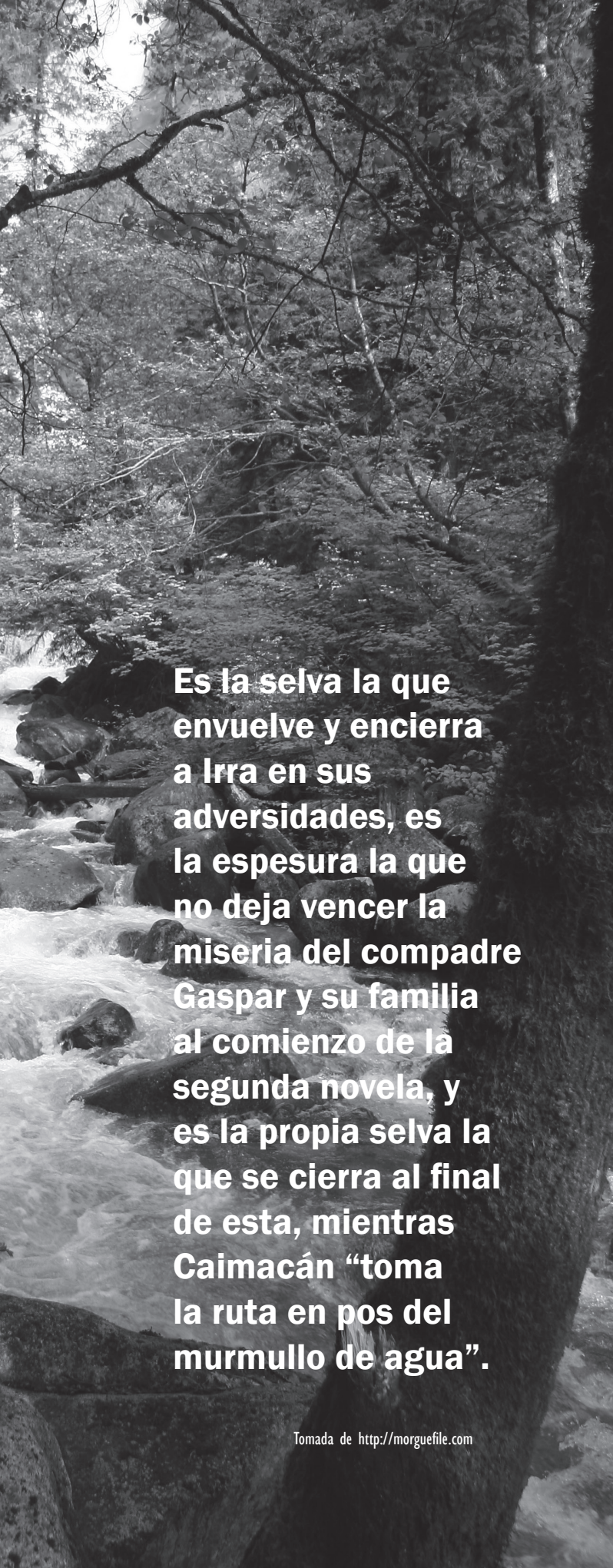
de Bogotá, en un recorrido que no excluye ni la “tierra caliente” de los valles interandinos, ni los Llanos Orientales, ni el regreso. Al mismo tiempo, este recorrido va saltando de personaje en personaje, tratando de abarcar un universo narrativo inmenso e intenso, como el propio pueblo que poco antes había al fin desatado la furia atezada por años de miseria y humillación. Desfilan entre estas “voces cantantes” no solo paisanos chocoanos, sino también antioqueños, caribeños, boyacenses, bogotanos, llaneros, en fin, una muestra representativa de todos aquellos que lucharon y cayeron en las calles o bajo el fuego destructor, así como de la magnífica capacidad de observación del autor.

El resultado es a la vez fragmentario y cautivante. Pasan los personajes como sombras chinescas pero quedan marcadas en la memoria del lector las distintas escenas que dan buena cuenta del país de ese entonces. Son implaca-



Tomada de <http://morguefile.com>

Los manuscritos que justo un día antes había terminado de pasar en limpio quedaron destruidos en la conflagración que sufrió el centro de Bogotá por el levantamiento popular del 9 de abril de 1948.



Es la selva la que envuelve y encierra a Irra en sus adversidades, es la espesura la que no deja vencer la miseria del compadre Gaspar y su familia al comienzo de la segunda novela, y es la propia selva la que se cierra al final de esta, mientras Caimacán “toma la ruta en pos del murmullo de agua”.

Tomada de <http://morguefile.com>

bles la violencia y el despojo, pero queda también la sensación de un mañana, de una esperanza. No es mi tarea esta noche ocuparme de asuntos críticos, por lo que dejo a los lectores la inquietud de asomarse a ese mundo que, como la caja del bicentenario, se abrió de nuevo para traernos el aliento de un momento perdido.

El viento en contra de esta obra sopló persistentemente por muchos años. La inesperada opción de publicar bajo el reconocido sello soviético no dio los frutos esperados, y los libros nunca salieron al otro lado de la cortina de hierro. Y escrito en español, el destino de ese tiraje no era nada halagüeño, pero se agotó. Fue necesario que pasara mucho tiempo y un tercer golpe de suerte, esta vez favorable, para que un ratón de biblioteca se topara ese ejemplar sobreviviente y nos lo llevara al edificio del Grupo Planeta, en donde pudimos rescatarlo. Por solicitud del autor, se respetó el texto de la edición original, no exento de fallos. Pero como dice nuestro homenajeado, cada libro se labra su propio destino y el de este fue esperar en silencio cincuenta años para poder llegar a sus lectores naturales.

Se podría decir que esa fue la *Madrededios* de esta obra. Salió a la luz, pero no encontró su camino a casa sino luego de varios golpes de azar. Distinta a la suerte que ha tenido la tercera novela que nos ocupa esta noche. Escrita a lo largo de toda su vida, *Buscando mi madrededios* más que un legado de Palacios puede mejor considerarse como su más lograda y verdadera obra. Pues allí, como anticipamos atrás, no solo toma forma y se constituye la verdadera búsqueda del autor, sino que se manifiesta en toda su grandeza como escritor. Allí de nuevo las voces hablan desde su verdadera condición, pero esta vez con el condimento de una voz principal que las pone a jugar, las realza o las silencia,

las deja irse por sus propios senderos o las amarra a las necesidades de la narración.

Cuando se le pregunta, don Arnoldo se resiste a referirse a esta obra como memorias, porque este adjetivo desconoce varias de las intenciones que se manifiestan en el libro. Allí están más que sus vicisitudes, las personas, los lugares, pero también las creencias, los mitos, la idiosincrasia, los anhelos y las desdichas de sus coterráneos. Entonces este libro monumental se ve plagado de hazañas de otros, historias de magia y superstición, de encuentros de culturas y costumbres, pero sobre todo de valores perennes, de aquellas cosas que perfilan al Hombre Universal, esa quimera que ha perseguido Palacios desde que tiene conciencia de sí y que está presente aquí como en ninguna otra parte. Es este Hombre Universal su verdadera madre-dediós, el ideal perseguido, el sueño que se busca, la meta de su vocación literaria.

Por este término se entiende coloquialmente a lo que logra saciar la necesidad, bien sea de alimento o de carácter espiritual. Pero tiene también un sentido permanente, como el que busca continuamente don Arnoldo con su vocación. Con esta misma sed me arrimé yo a su obra inicialmente, buscando en ella la “voz de la selva”. Y la encontré, pese a no ser ese su objetivo principal en las dos primeras novelas. Allí está marcando el perímetro de la conciencia, dando cuenta del alcance del espectador, del protagonista o del yo, que siempre pone un horizonte sobre el cual volcarse. Es la selva la que envuelve y encierra a Irra en sus adversidades, es la espesura la que no deja vencer la miseria del compadre Gaspar y su familia al comienzo de la segunda novela, y es la propia selva la que se cierra al final de esta mientras Caimacán “toma la ruta en pos del murmullo de agua”.

Pero en sus memorias, si hay un protagonista aparte, por supuesto, del narrador, es el manto vegetal que se manifiesta, esta vez en todo su entreverado esplendor, dando razón, sustento y hogar a nuestro autor y su numerosa parentela, que de un modo u otro la viven, la usan, la explotan y le temen. Y es que todo el tiempo la selva rumorosa se enmarca como el límite de lo racional, de la conciencia de los hombres que

la habitan, y, por lo tanto, la enmarca también todo intento de alcanzar la madre-dediós. Y en esa misma medida, para el lector se convierte también en la “voz primordial”, la que viene del otro lado de las cosas, esa que surge cuando cada uno empieza a distinguir *lo-otro*.

A pesar de su importancia y de su pertinencia, no ha estado *Buscando mi madre-dediós* exenta de los golpes de fortuna que venimos comentando. En este caso, se trata de un asunto ajeno al autor, tiene que ver más con el oficio complementario a la literatura, como lo es el editorial. Fui testigo de la dificultad y los embrollos que tuvo que superar don Arnoldo para poder publicar su obra cumbre; de hecho, me tocó decirle, a nombre de mi jefe, la negativa del comité editorial del Grupo Planeta de publicarla. “Demasiado larga”, era el brillante veredicto; “no cuenta la historia de la condesa”, la queja del director editorial. Y supongo que lo mismo pasó con las otras puertas que debió tocar el maestro, hasta que apareció la Universidad del Valle hizo caso omiso de las razones de los mercachifles de la cultura y salvó para la posteridad esta joya.

Pero, infortunadamente, el gesto no fue muy largo, y el impulso no alcanzó para hacer una edición digna de su contenido. Más allá de la presentación aceptable y la perturbadora imagen de portada, hay un texto sin cuidado ni atención que estorba permanentemente la lectura. Afortunadamente, es tanta la calidez y es tan portentosa la escritura de Palacios, que el lector finalmente salva estos obstáculos. Todo hay que decirlo, no hay libro publicado en el mundo que se salve de tener errores, pero tampoco es aceptable el extremo al que llega esta edición. Como ya se vislumbra el final, dejemos las quejas ingratas a un lado y quedémonos con el importantísimo logro de haber puesto a circular esta obra y agradezcamos a la universidad por su generosidad, tan escasa en estos tiempos. Sobre lo andado es fácil aliviar las cargas y cabe esperar que la madre-dediós de esta obra esté próxima a realizarse.

Muchas gracias.

Sala Fundadores, Universidad Central.
Bogotá, mayo 3 de 2012. ■